

Julio Velasco Baena

Córdoba, 1955

Primer Accésit

Publicó su primera novela *La nebulosa de las almas perdidas* con Ediciones Atlantis en diciembre 2009; ha participado en las publicaciones *La mirada indiscreta*, *Cuentos de cine* y *El cuarto oscuro*, de la Asociación Cultural Mucho Cuento. También ha contribuido en los libros *Mirar el aire* y *Seguro árbol* del Taller de Creación Literaria Plaza de la Juventud. En febrero de 2012 se ha presentado su libro de relatos *Menú del día*, editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.

CANTOS DE SIRENAS

Su Mp4 estaba repleto de cantos de sirenas.

Eso me dijo Miguel, mi compañero de piso, al que nunca se le caían los auriculares de las orejas si no era mientras lo recargaba cuando dormía.

Se trataba de un tipo extraordinario. Tal vez, sus rarezas no dejaban ver la profundidad de los sentimientos que atesoraba, ni la amplitud del intelecto con el que lo había dorado la naturaleza. Sin embargo, los pocos que lo conocíamos éramos conscientes de sus cualidades como persona y estudiante.

Con el tiempo congeniamos muy bien. Era agradable en el trato y su casi continuo silencio creaba un ambiente que permitía la concentración para estudiar con toda tranquilidad.

Habíamos contactado a través de la red para compartir la vivienda. Los dos pusimos nuestras cartas boca arriba, para conocer los defectos y virtudes de cada uno, antes de decidir convivir juntos durante un curso. Me sorprendió que mi colega exhibiese como excelencia una inigualable memoria y se hubiese apoderado de todos los defectos. Pensé que se trataba de arrogancia, adornada con falsa modestia. Con el tiempo descubrí que no: mi compañero era así.

Llegué al piso un día después que él. Lo encontré sentado en el sofá con los auriculares puestos. Permaneció impertérrito, sin quitarme ojo, mientras soltaba la maleta y la bolsa de viaje en las que traía mis pertenencias. Una vez que hube recuperado el aliento, se desconectó del aparato, se levantó y, regalándome una amplia sonrisa, me tendió la mano.

-Como puedes ver soy Miguel -dijo con toda serenidad.

-Encantado de conocerte personalmente, soy Carlos como también puedes comprobar -le respondí.

-Tu cuarto es aquel -manifestó, señalado hacia una puerta cerrada. Después se volvió a conectar a su música y, sentado de nuevo en el sofá, siguió atentamente todos mis movimientos sin decir una sola palabra.

Deshíce el equipaje, coloqué todo en su sitio y regresé al salón con la intención de hablar con mi compañero y planificar nuestra forma de convivencia.

-Miguel... -no me permitió continuar. La mano de mi colega ordenaba que guardara silencio. Instantes después dejó libres sus oídos.

-Disculpa, estaba terminando de escuchar algo muy importante.

-¿Cómo nos planificamos para las comidas y los fines de semana? Supongo que tendremos que ir a comprar -reflexioné con toda lógica.

-El frigorífico está lleno. Ya me encargué ayer de ir al supermercado. Me he acordado de las preferencias que me dijiste por internet -contestó con satisfacción-. Cada uno que se prepare lo que le apetezca y después deje recogido todo lo que haya utilizado.

Me pareció una opción sensata. Probaríamos como había sugerido y si funcionaba, mucho mejor.

-En ese caso dime el importe de la cuenta para darte la mitad -solicité, mientras sacaba mi pírrica cartera del bolsillo, con la angustia de que me pidiese una suma desorbitada.

-Ya está pagado. La próxima la haces tú y quedamos en paz.

Sentí un relax profundo.

-¿Acaso eres un potentado? -requerí curioso.

-Sí, no te lo puedes ni imaginar -aseveró sin perturbarse, a la vez que se acoplaba de nuevo los auriculares para sumergirse en lo que quiera que estuviese escuchando.

A la mañana siguiente fijamos los turnos para el aseo diario y la limpieza semanal. Dimos un agradable paseo hasta la facultad. Apenas trescientos metros la separaban de nuestra vivienda. Después de tomar nota de los horarios y conocer a dos profesores, Miguel desapareció. Al día siguiente comenzaban las clases.

Esperaba encontrarlo en el piso. No fue así. Cuando llegué no había nadie. Preparé comida precocinada -era lo más rápido- y mepecé a plantearme, si esa iba a ser la postura de Miguel, la posibilidad futura de comer en la facultad. Por cuatro euros merecía la pena. A fin de cuentas, entre comer solo o hacerlo con otros compañeros que ya conocía de años anteriores, prefería la segunda de las opciones.

Regresó cuando la tarde se despedía. Saludó con un ligero movimiento del brazo y se encerró en el dormitorio con su aire de tranquilidad. Parecía que nada podía perturbarlo. Yo, a cada instante que pasaba, me encontraba más intrigado.

Apareció para cenar. Entendí que era el momento propicio para abordarlo y así salir de las muchas dudas que me asaltaban sobre Miguel y su extraño comportamiento. Le hice señales para que se desenchufara. Una vez que lo hube conseguido me miró sonriente, enarcó las cejas y se mantuvo impasible a la espera de la pregunta que sabía iba a hacerle. Durante unos segundos la mente se me quedó en blanco. Parecía como si la mirada de Miguel hubiese limpiado mi cerebro. Recompuesto, regresé a la realidad.

-¿Qué música escuchas? -requerí excesivamente interesado, en la certeza de que iba a responderme que aquello contenía música metálica. Era lo que más lo identificaba con su aspecto físico. Mi compañero acarició con mucha delicadeza su Mp4 y se colocó el auricular en el oído izquierdo y volvió a regalarme otra de esas miradas de inocencia que siempre me desconcertaron.

-No te lo vas a creer -respondió con sutileza.

En una reacción fulminante de mi razonamiento, di un giro de ciento ochenta grados al entender que la respuesta de Miguel indicaba que la música que tenía enlatada era lo contrario de lo que había imaginado.

-¡Ah...! Música clásica -solté, con la ilusión de recibir una contestación afirmativa. A fin de cuentas -deduje- esta gente rara puede salir por donde menos se espera.

-No Carlos, no se trata de música clásica... -le impedí terminar.

-¿Canción española, flamenco, ópera, zarzuela...? Sonaría ridículo que me dijese que escuchas alguno de esos géneros. Ninguno concuerda contigo.

Mi colega soltó una enorme carcajada y estuvo riéndose durante un largo rato. Cada vez que recordaba mis palabras se desternillaba sin compasión. De pronto cambió el semblante, me miró más profundamente que nunca y clavó sus pupilas en las mías.

-Cantos de sirenas.

-¿Qué has dicho? -solicité, al creer haber oído algo absurdo.

-La música que escucho son cantos de sirenas -repetió sin alterarse.

-¿Es un nuevo grupo o me estás tomando el pelo? -demandé, convencido de que mi colega me gastaba una broma.

-Me has preguntado la música que escucho y te he respondido -dejó caer con toda naturalidad.

-Ya. Lo que ocurre es que los cantos de sirenas, si te refieres a esos seres mitológicos mitad mujer y mitad pez, no existen, porque las sirenas no dejan de ser un invento del hombre para crear historias fantásticas.

-Pues te aseguro por aquí oigo todo cuanto me cantan las sirenas. Las mismas que, con sus voces melodiosas y dulces, acompañaron a Odiseo cuando intentaba regresar a Ítaca. ¿Te apetece escucharlas? -preguntó con espontaneidad-. Una vez que las oyes ya no puedes dejar de hacerlo. Son como una droga, un dulce y armónico estimulante.

-¿Pretendes que me vuelva loco cómo le pudo pasar a Ulises? -respondí con un poco de sorna, cuando empezaba a especular sobre una posible perturbación de Miguel.

-En absoluto, yo no lo estoy y llevo más de dos años con ellas.

-Ya -puntalicé con ironía.

Con la mente hecha un lío, me levanté y me refugié en el dormitorio en la seguridad de que convivía con un chiflado. Me costó bastante tiempo conciliar el sueño. Al final, el cansancio ganó la partida y sacó mi mente del entresijo donde reflexionaba sobre el raciocinio de mi compañero.

A la mañana siguiente acudimos juntos a la facultad. La primera clase era de Historia de la España Romana. El debut en el tercer curso, tal vez el más trascendental de todos. Había llegado con la intención de darlo todo. Me ilusionaba la idea de que una vez aprobase las diez asignaturas, el resto de la carrera sería coser y cantar.

Miguel no separó los auriculares de sus oídos ni un solo instante. Desconozco si estuvo atento a lo que el profesor nos explicaba. Al terminar se levantó, se dirigió hasta él y estuvieron hablando durante algunos minutos.

Esa misma operación la repitió en cada una de las asignaturas a las que acudía por primera vez. A partir de ese instante no volvió a aparecer por clase, excepto para los exámenes. Ignoraba a qué se dedicaba, pero me facilitó mucho el trabajo. Cuando llegaba al piso, casi siempre estaban todas las labores hechas. Únicamente tenía que dedicarme a estudiar. Nada ni nadie me molestaban. Mi colega, auriculares en ristre, se perdía en su habitación y no daba el menor de los ruidos. En varias ocasiones necesité hablar con él y siempre lo encontré en la misma posición: tumbado en la cama escuchando sus cantos de sirenas.

Llegó la época de los exámenes y con ellos aparecieron los nervios. Por muy bien que llevase preparada la asignatura, siempre me quedaba la duda sobre el grado de exigencia que iba a aplicar el profesor. Era la falta de confianza en el primer envite. Iba a ser sobre Historia Contemporánea. Me extrañó ver a Miguel preparado para asistir a la prueba. Le pregunté si iba a realizarla y me dijo que sí. Me confirmó, con absoluta seguridad, que tenía la materia perfectamente preparada,.

Separado de su tecnología digital, mi compañero no dejó de escribir ni un solo momento. Fui incapaz de saber el número de hojas que llenó durante la hora y cuarto que tardó. Yo, sin embargo, reventado de estudiar durante todo el trimestre, agoté las dos horas y no pude terminar de responder

todas las preguntas. Multitud de dudas me asaltaron, y los nombres y fechas se mezclaban en mi mente formando una ensalada que me fue imposible digerir. Salí bastante descontento del primer envite. No podía creer que después de todas las facilidades que estaba teniendo, el examen me hubiese salido tan mal.

Una semana después, al mirar el tablón, estuve a punto de sufrir un síncope. Si me hubiese tomado la tensión arterial o las pulsaciones, estoy seguro que habría batido todos los records existentes. Entre el tres y medio de mi nota y el nueve de Miguel existía una diferencia que, en un principio, me pareció insultante. ¿Cómo lo había conseguido?

Llegué al piso dispuesto a exigir una respuesta a mi colega. Llamé a la puerta de su dormitorio y entré. Estaba como siempre.

-¿Conoces tu nota de Historia Contemporánea? -pregunté crispado.

Se deshizo de los auriculares y me miró sorprendido. Tuve que repetirle la pregunta. Después mi miró fijamente y sonrió.

-No, pero estoy seguro de que es excelente -respondió sereno. Aquella actitud de superioridad me sublevó.

-Tienes un nueve, y yo que me mato estudiando un tres y medio. No entiendo cómo puedes sacar esa nota sin coger un libro. Seguro que copias, y además con un método que debe ser muy bueno.

-Eso han dicho siempre los compañeros con los que he compartido piso. Te aseguro que no he copiado en mi vida.

-Ya me contarás cómo aprendes las materias.

-Todo lo que necesito saber me lo cantan mis sirenas. Ellas lo saben todo. Han vivido desde siempre y son conocedoras de todos los pormenores de la historia. Únicamente tengo que indicarles lo que quiero aprender y ellas se encargan de enseñármelo con sus melodiosos cantos.

Cerré la puerta de un golpe y me enclaustré en mi cuarto. La respuesta de Miguel me había parecido el colmo de la tomadura de pelo. Nadie iba a convencerme de que mi compañero no

copiaba en los exámenes. Mi máxima era que sin estudiar ni asistir a clase no se podía aprobar, era imposible.

El día antes del examen de Historia Medieval, Miguel salió a hacer la compra. Aproveché la ausencia para registrar su dormitorio en busca de chuletas que demostrasen mi teoría de que aprobaba copiando. Revise todo, milímetro a milímetro, sin conseguir encontrar la más mínima prueba. Ni un cuaderno de apuntes. Tan sólo tenía un libro sobre la mesa: "La Odisea". Comencé a pensar que era yo quien se estaba volviendo loco.

Las vacaciones de Navidad supusieron un respiro. Durante aquellos días reflexioné mucho sobre mi compañero. Era un tipo extraño, pero eso no podía restar valor a sus grados de simpatía, amabilidad, compañerismo y, sobre todo, sabiduría. Sus notas eran de superdotado y no tenía ninguna prueba que me permitiese especular con que hiciera trampas.

Cuando regresé al piso me lo encontré como siempre. Abrazados, nos deseamos un feliz año. Después le hice la pregunta obligada.

-¿Qué tal las vacaciones?

-Aburridas y solitarias.

-¿No has ido a casa?

-Mis padres han pasado las fiestas en Brasil. ¿Para qué iba a ir a casa? Aquí se está más cómodo.

-Vaya. De haberlo sabido te hubiese invitado a la mía.

-Gracias. De cualquier manera me han venido muy bien estos días de soledad para reflexionar. Tenía mucho sobre lo que meditar.

-¿Qué has descubierto? -requerí con un poco de miedo.

-Tengo miedo Carlos, mucho miedo.

-¿A qué? -pregunté sumamente intrigado. De inmediato pensé que mi colega había sufrido algún incidente durante mi ausencia.

-A perder mi Mp4. A que alguien me lo robe, que se averíe...

-Compras otro y se soluciona el problema –interrumpí, en el convencimiento de que la soledad de Miguel durante tantos días, solamente le había servido para agravar su estado. De cualquier manera, mi intención era ayudarlo.

-Es imposible. No existe nada igual en el mercado. Este me lo regaló Teles, una de las sirenas. A través de él contacto y me cuentan todo lo que les pido. Si en algún momento lo perdiera y no pudiese hablar con mis amigas, no sé lo que haría. Seguramente nada volvería a tener sentido para mí.

-Sacaremos una copia de los ficheros que contiene y los mantendremos reservados, por si llega la ocasión poder instalarlos en otro aparato –respondí, tratando de calmarlo, en una situación que empezaba a preocuparme. El segundo trimestre se me antojaba que iba a ser muy largo.

-Ya te he dicho que es irremplazable. Ni siquiera podrás copiar nada.

-De todas formas déjame, voy a intentarlo. Extendí la mano y me mantuve a la espera de que mi colega me entregara el aparato. Lo hizo después de pensarlo durante bastantes segundos.

-Te cuidado, vaya a sufrir algún daño.

-Sólo voy a ver lo que contiene y trataré de copiarlo en el portátil –le confesé para tranquilizarlo.

Al coger el Mp4 noté una sensación extraña. Parecía como si una leve descarga eléctrica hubiese recorrido cada milímetro de mi cuerpo. Pensé que era una sugestión provocada por lo que había escuchado sobre él, aunque estaba convencido de que, como cualquier otro, no ofrecería resistencia a la hora de ver su contenido. Lo conecté a través de uno de los puertos USB y esperé a que el ordenador lo reconociese. Después, solicité abrir la carpeta para comprobar los archivos que contenía.

Me restregué los ojos en varias ocasiones para poder creer lo que aparecía en la pantalla del portátil. Después de haber escudriñado hasta el último byte, en el Mp4 no había ni un solo fichero: estaba completamente vacío. Definitivamente no contenía música. Mi compañero no podía oír nada. Eso terminó por convencerme de que estaba ido. Con mucha preocupación se lo devolví, a la vez que le confesaba mi supuesto fracaso por no poder copiar su contenido. Guardé el ordenador

y me encerré en el dormitorio. La más que cierta demencia de mi colega me privó de descansar aquella fría noche de invierno.

Con el paso de los días, Miguel fue recuperando su estado del primer trimestre. Comencé a notarlo más alegre, aunque igual de silencioso. Era el compañero ideal para estudiar con tranquilidad. Conseguí intimar más y me contó historias sorprendentes sobre su familia. Desde muy pequeño había sido un cachorro solitario que se buscaba la vida como mejor le parecía, gracias a la fortuna de sus padres. Sin embargo, no me pareció que disfrutase de su estatus. Yo, en su lugar, me habría tomado la vida de otra manera. Sobre todo, habría buscado la forma de sentirme más feliz. Pensé que su juventud era una página en blanco.

Historia de América era una de mis asignaturas preferidas. La profesora impartía unas clases amenas y participativas de las que Miguel nunca disfrutó. Se limitó a acudir al examen. Al ser cuatrimestral, la puntuación era definitiva: no había una segunda oportunidad si no era agotando otra convocatoria. Había preparado la prueba muy bien. Me encontraba dispuesto para responder a cualquier pregunta.

Durante el examen tuve a mi compañero en el punto de mira. Ni un solo gesto extraño. Únicamente se limitó a escribir durante hora y media. Como las veces anteriores, terminó el primero y desapareció.

Me sentí satisfecho de cómo hice la prueba. Estaba convencido de que había aprobado. En pocos días sabría la nota.

Cuando llegué al piso, Miguel estaba terminando de limpiar. Quise ayudarle pero no me dejó. Me sugirió que estudiase para la próxima prueba: iba a necesitar todo el tiempo disponible para preparar tanta materia. Agradecí tener un compañero tan colaborador. A pesar de mi convencimiento sobre su locura, bendije la suerte de vivir con él.

Sentí mucha satisfacción al comprobar que había obtenido un seis con ochenta en el examen. Mi compañero también se había superado: un nueve y medio. Empecé a pensar que estudiaba en algún lugar secreto mientras yo estaba en clase y que me estaba gastando una absurda broma. Sí, esa era la solución, además de que su mente debía ser privilegiada para conseguir esas puntuaciones.

Lo encontré tumbado sobre su cama. Al entrar me hizo una señal con la mano para que me mantuviese callado. Cuando le pareció oportuno, se despojó de los auriculares.

-Felicidades, ya te has quitado la Historia de América -me dijo, a la vez que me ofrecía como regalo una de sus agradables sonrisas. Me dejó completamente en blanco. Suponía que era yo quien iba a decirle su nota.

-¿También sabes la tuya? -pregunté un tanto anonadado.

-Claro -respondió con extrañeza.

-Has ido por la facultad -afirmé.

-No. Me ha informado Telxiepia, una mis adorables sirenas.

-Miguel, te agradecería que dejases de tomarme el pelo con tus sirenas y esas historias tan rocambolescas que montas. Sé que estudias en algún lugar y que eres un alumno excelente: las notas lo demuestran. Así que te ruego que no me hables más de tus seres fantásticos. Prefiero aceptarte como lo que eres, un tipo fenomenal, extraordinario compañero y mejor persona. Sin sirenas, por favor.

-Si así lo quieres, no hay problema. Algún día comprobarás que te digo la verdad, todo es cuestión de tiempo.

Jamás volvimos a hablar de asunto. Nuestra relación, estrecha e intensa, se acrecentó a lo largo de aquel segundo trimestre.

Regresé después de Semana Santa. Era un lunes de primavera claro y soleado. Al entrar al piso observé sobre la mesa un plato con restos de patatas fritas y un bote de zumo vacío. Llamé a Miguel. No hubo respuesta. Miré en su dormitorio y no había nadie. Comprobé que ni siquiera La Odisea estaba sobre la mesa. Sentí alegría al entender que había ido a casa a pasar las vacaciones. Un cambio de aires le vendría bien.

Al abrir la puerta de mi habitación sufrí un leve desfallecimiento. Encima de mi cama se encontraban el Mp4, La Odisea y una nota. Con celeridad y nerviosismo la leí:

“Querido Carlos:

No he podido resistir por más tiempo a la llamada de Pisione. Me marché con ella para vivir feliz en la eternidad y conocer la historia tal como ocurra día a día.

Te dejo todo cuanto tengo con el ruego de que lo utilices al menos una vez. Después decides si te lo quedas.

Sigue estas instrucciones:

Cuando conectes el Mp4 y te coloques los auriculares, abre el libro por la página doscientos dieciséis y lee el Canto XII sobre las sirenas. A pesar de que en La Odisea se habla solamente de dos, comprobarás que son muchas más. De inmediato se pondrán en contacto contigo. Pídeles que te cuenten algún pasaje de la historia.

Si no quedas convencido, deja sobre mi cama el libro y el Mp4, ellas se encargarán de recogerlo.

Hasta siempre, Miguel.”

Aquello no me podía estar pasando –pensé–. Sin duda se trataba de una amarga pesadilla de la que pronto despertaría. No fue así. Todo era real y, muy a mi pesar, cumplí con la voluntad de mi desaparecido compañero. Era lo menos que podía hacer.

Ha pasado más de un año desde entonces. He terminado la carrera con unas notas excelentes desde que escucho a diario a las sirenas. Tengo el propósito de hacer un máster sobre la Historia de Grecia, pero, continuamente, la voz de Agláoipe me llama sin cesar.

Me embarga una enorme duda...